



000/90689

(86L7620)

p. 2 LA DISCUSIÓN, Chillán, 19 ene. 1992.

REDAC

Araya: Escribir en la aldea

1937

Por Héctor Ponce de la Fuente

Reconozco a Nicanor Parra (apenas un chicuelo imberbe, de cabellera revuelta por el viento y las musas) en un ejemplar añoso de "Rumbos", aquella revista liceana que yo también quise editar, hace unos años, pese a la desidia y la dentera entronizada en la casa de Tondreau, durante los años de dictadura militar. Jamás se me permitió publicar "Rumbos"; pero, como para mitigar mi porfía, el día en que un grupo de soñadores liceanos emigrábamos de ahí, se me gratificó con diplomas, varios diplomas y las palabras de alguien que me decía: ¡Felicitaciones, muchacho, el intento es lo que vale!

Con el tiempo muchas cosas hicieron que olvidara ese tránsito frustrante, amargo. Y de entre éstas, sin lugar a dudas, la principal fue el encuentro con los escritores de mi aldea.

No sé si primero leí a Sergio Hernández, o fue después de ir en peregrinación hasta su casa, pero el hecho es que comencé una relación de escritor joven, neófito, a poeta consagrado, que hasta hoy permanece y que con el transcurrir del tiempo se ha hecho cada vez más fecunda y sugestiva. Casi a un mismo tiempo supe de Juan Gabriel Araya, poeta, narrador y ensayista provisto de una escritura compuesta de "iniciaciones y fantasmas", que intentaba -según su propio designio- darle cuerpo a los fantasmas, corporizarlos, quitarles la sábana

que los cubre para verles el esqueleto transparente y poder caminar al lado de ellos, como hermanos. Entonces me enteré de un Araya caminando entre callejas deslumbrantes del Trópico; del conferenciante erudito en Nueva York; del poeta que se apeaba del caballo para husmear la tierra en Nahuelbuta.

Para nadie puede ser un misterio que el otorgamiento del Premio Municipal de Extensión Cultural vino a cerrar años de exclusión, de marginación demasiado evidente para un artista que con su escritura ha dignificado la sufrida y postergada literatura regional. Hay que recordar el aislamiento de Daniel Belmar, fallecido recientemente en Concepción, para saber que aún es tiempo de desterrar el olvido, para festejar e incentivar a los nuestros en vida y así terminar con el "culto de la animita" ("Los muertos recuperan su derecho a vivir cuando ya no están con nosotros", a dicho Alfonso Alcalde).

Por eso es que, pese a todo, es necesaria la perseverancia, el trajín incesante para ganarse una estrella. Juan Gabriel Araya puede estar tranquilo, pues los paisanos de su aldea -o los eternos parroquianos de siempre- han sabido acoger su palabra. Seguirán los ciruelos floreciendo al recodo del camino y todavía es tiempo de creer en la poesía y en la vida.

Araya, escribir en la aldea [artículo] Héctor Ponce de la Fuente.

AUTORÍA

Ponce de la Fuente, Héctor, 1970-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Araya, escribir en la aldea [artículo] Héctor Ponce de la Fuente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)